

Sobre estas piedras edificaré mi Corónica...

Ambrosio de Morales y la Protohistoria de la Arqueología científica

PABLO ALLEPUZ GARCÍA

Becario de Iniciación a la Investigación (UCO). Grupo de Investigación *Sísifo*

Mientras que en buena parte de Europa se desprendían las últimas hojas del otoño de la Edad Media, consolidando oscuros y ricos estratos culturales, en focos independientes de la península itálica, y de manera sobresaliente en Florencia, brotó una nueva posición ante la vida: el Humanismo renacentista, caracterizado por el antropocentrismo, la curiosidad científica y una fuerte conciencia histórica con la Antigüedad clásica como modelo. Unida a la implantación de un sistema proto-capitalista y al crecimiento de la burguesía, motivó un importante desarrollo del mecenazgo artístico, del coleccionismo con implicaciones estéticas y eruditas y, en el campo específico de los restos arqueológicos, una mayor protección y una primitiva gestión a partir de los Papados de Sixto IV, Julio II o León X. Lorenzo de Medici y Ludovico Sforza en política, Marsilio Ficino y Pico della Mirandola en filosofía, Ariosto y Castiglione en literatura, Brunelleschi y Bramante en arquitectura, Ghiberti y Miguel Ángel en escultura, Botticelli y Rafael en pintura, Alberti y Da Vinci en teoría del arte, Leonardo Bruni y Lorenzo Valla en historiografía... fueron -todos ellos y también otros muchos- frutos de aquel ambiente extraordinario y pioneros en sus respectivos quehaceres, del mismo modo que lo fue Ciríaco de Ancona (c. 1391 - c. 1455) para la arqueología. A diferencia de sus contemporáneos, éste cruzó las fuentes escritas antiguas, algunas de ellas todavía poco manejadas en la época, con las fuentes materiales localizadas durante sus viajes por el Mediterráneo, que observaba *in situ* y registraba en notas más o menos sistemáticas; un procedimiento que le ha valido el reconocimiento de estudiosos posteriores y la consideración de arqueólogo *avant la lettre*.

El solar hispano, recién unificadas las Coronas de Castilla y de Aragón bajo el matrimonio de los Reyes Católicos, proporcionó un terreno fértil para la recepción de la semilla humanista, pues ya contaba con antecedentes notables como los Cardenales Mendoza, coleccionista comparable con el Duque de Berry, y Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá. La construcción política e ideológica del Estado moderno, en principio, y del gran imperio transoceánico de Carlos V y Felipe II, poco después, requeriría una legitimación de raíces profundas, que se buscaron, como tantas veces desde Alfonso X el Sabio, en la religión y en la Historia. Los historiógrafos españoles de la segunda mitad del siglo XV habían asumido progresivamente los modos italianos, circunscritos sobre todo a la topografía antigua, gracias a las figuras de Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), quien había cultivado la epigrafía latina en Roma, y Joan Margarit (+ 1484), precursor en el trabajo de campo y verdadero artífice de la revolución conceptual que aprovecharon los siguientes: Jeroni Pau (c. 1458 - 1497), junto con su primo P. Miquel Carbonell, fue el principal difusor de la labor epigráfica de Ciríaco y, hasta mucho más tarde, el único en criticarla positivamente; Antonio de Nebrija (1441-1522), por su parte, recorrió la vía de Mérida a Salamanca, que bautizó como *Via Argentea*, y tomó numerosos apuntes de los miliarios para su inconclusa *Muestra de las Antigüedades de España* (1499), todavía carente de rigor; su discípulo Florián de Ocampo (c. 1499 - c. 1558) fue comisionado por Carlos V para la elaboración de una *Crónica General de España*, de la que llegó a escribir cinco libros abarcando justo hasta la muerte de los Escipiones...

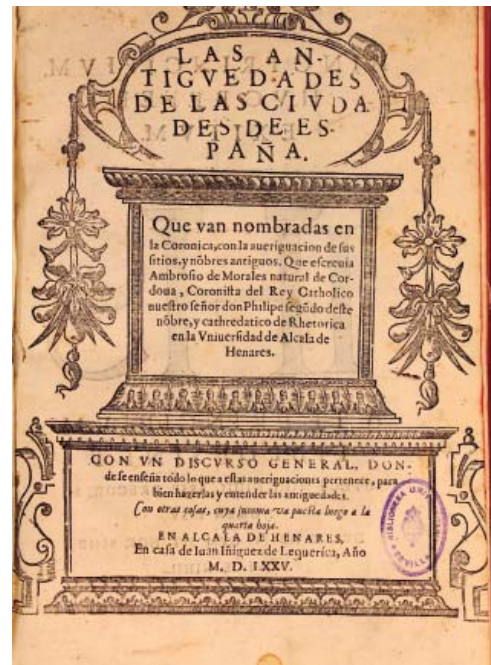


En esta encrucijada nació Ambrosio de Morales (Córdoba, 1513-1591), dos años después que el trascendental Giorgio Vasari y justo un año antes de que ardieran los siete volúmenes de los *Comentarios* de Ciríaco en la biblioteca de los Sforza de Pésaro. El joven Ambrosio encontró referentes dentro de su propia familia, bien posicionada en la Córdoba del Quinientos, en la que destacaban sobremanera su padre, médico y filósofo llamado por Cisneros para la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Alcalá, y su tío materno, Fernán Pérez de Oliva, Catedrático de la Universidad de Salamanca al que acompañó desde 1526-1527 hasta su muerte en 1531. De vuelta en Córdoba ingresó en el Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, donde permaneció hasta el fallecimiento de su padre en 1535 y el famoso episodio de su auto-emasculación. Perdidos sus dos grandes apoyos, se dedicó a la docencia en Alcalá durante unos años muy fructíferos en los que dejó

seguidores tan ilustres como Pablo de Céspedes y se labró una merecida reputación en los círculos intelectuales y de poder. Tanto fue así que, además de ocuparse de la educación de D. Juan de Austria, desde 1559 comenzó a recibir encargos de Felipe II para examinar documentos de la incipiente biblioteca del Escorial, asesorar en materia eclesiástica y de reliquias y, lo más importante, se le permitió continuar la empresa de Ocampo por el punto exacto en que fue interrumpida; para esto último solicitó en 1563 el título de Cronista del Reino, sin esperar contrapartida económica alguna, y a pesar de que ya se contaban tres personas en el mismo cargo, a saber Bernabé del Busto, Juan Páez de Castro y Juan Ginés de Sepúlveda, le fue igualmente concedido.

Aun cuando la producción de Ambrosio de Morales resulta en extremo heterogénea, con distintas aportaciones sobre filología, teología, moral o poesía, cosechó sus mayores logros en la investigación histórica y, en particular, mediante la *Corónica General de España* que publicó en varios volúmenes y fechas: un primero en 1574, compuesto por los Libros VI-X, en los que recorría la Hispania republicana e imperial; el segundo en 1577, con los Libros XI-XII, desde la ocupación goda hasta la conformación de al-Ándalus; y los últimos en 1587, cuando cerró la serie con *Los cinco libros postreros de la Corónica*, desde la revuelta de Don Pelayo hasta la muerte de Bermudo III (+ 1037). En el prólogo de la obra critica el método de Ocampo por la escasa fiabilidad de las fuentes y, prolongando las censuras previas de Jean Vassés y Jerónimo de Zurita, lo acusa de abusar de la fábula en sus narraciones. La búsqueda positiva de la verdad era uno de los rasgos definitorios del historiador renacentista, y Morales no dudaba en desplazarse a la Alcarria (1572), León, Galicia y Asturias (1572-1573), Plasencia (1573), Córdoba (1576) o cuantos lugares fueran necesarios para comprobar la información aportada por los cronistas o facilitada por sus doctos colaboradores.

En *Antigüedades de las ciudades de España nombradas en la Corónica*, publicada en 1577 junto a aquel segundo volumen citado más arriba, expone con claridad sus principios metodológicos: entre los trece puntos clave que señala en el Discurso general introductorio se encuentran los santos Concilios, las hagiografías y los autores clásicos, sobre cuya veracidad ya advertía, pero también las técnicas constructivas, la toponimia, la numismática y la epigrafía, por lo que constituye el texto de carácter eminentemente arqueológico más temprano en la historiografía española; a ello habría que sumar otras cuestiones prácticas, como el hecho de interesarse por los restos cerámicos, realizar sus propias mediciones o acompañar las descripciones con dibujos, que refuerzan su posición como primer arqueólogo nacional. Por todo lo comentado, y por su excepcional formación, no es de extrañar que descollara en la epigrafía, para la que estableció un sistema muy adelantado: clasificación tipológica de las inscripciones (funerarias, viarias, votivas y "dedicaciones"), valoración del soporte epigráfico y análisis paleográfico del texto. Por más que pudiera errar en sus interpretaciones históricas, la base objetiva recopilada pronto pasó a formar parte de compendios como el *Thesaurus Inscriptionum* (1603) de Ianus Gruterus o el segundo volumen del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (1869) de Emil Hübnér, y así ha llegado a nuestros días; sin ir más lejos, confundió las ruinas de la ciudad palatina Madinat al-Zahra con Córdoba la Vieja, pero amplió con mucho los apenas siete registros epigráficos sobre Corduba que se conocían hasta entonces.



Aquejado de varios problemas de salud, Ambrosio de Morales regresó a su ciudad natal en 1582, donde todavía pudo escribir algunos tratados, levantar unas cruces en la plaza del Campo Santo de los Mártires y publicar *Las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva* (1586), homenaje póstumo a su tío; en compañía de Céspedes y un Góngora treintañero, entre otros miembros del Cabildo, murió el 21 de septiembre de 1591 en el Hospital de San Sebastián. Quienes visiten el claustro de la iglesia de San Hipólito, en Córdoba, podrán contemplar el significativo cenotafio de este Ciríaco español, de este perfecto humanista que nos enseñó a preguntar a las piedras y a leer la información que llevan escrita. Sobre el cenotafio encontrarán una inscripción...

BIBLIOGRAFÍA:

GIMENO PASCUAL, Helena (1998): "El despertar de la ciencia epigráfica en España. ¿Ciríaco de Ancona: un modelo para los primeros epigrafistas españoles?", en PACI, Gianfranco y SCONOCCHIA, Sergio (Eds.): *Ciriaci d'Ancona e la cultura antiquaria dell'Umanesimo*, Reggio Emilia, pp. 373-382

SÁNCHEZ MADRID, Sebastián (2002): *Arqueología y humanismo. Ambrosio de Morales*, Delegación de Cultura. Diputación de Córdoba - Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba (Arqueología Cordobesa, 4), Córdoba

Proyecto *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro*, dirigido por Alfredo Alvar Ezquerro (IH-CCHS, CSIC). <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/>